

PSICOPATÍA

PSICOPATÍA

PSICOPATÍA

Esa tarde mis amigos se habían marchado ya, y en el café donde todos teníamos la costumbre de tomar el ajenjo, sólo quedaba el doctor Lariviere, un viejo fastidioso á quien yo no dirigía casi nunca la palabra.

Durante media hora ni el doctor ni yo despegamos los labios. Él leía *El Tiempo* con atención minuciosa; yo recorría rápidamente todos los periódicos del día, buscando algo nuevo, algo que pudiese interesarme, algo firmado por un amigo, algo, en fin, que no fuera el eterno artículo sobre la triple alianza, sobre la alianza franco rusa ó sobre la cuestión de Oriente y el equilibrio europeo. Pero nada: en los diarios no había nada digno de ser leído, ni siquiera la crónica de un escándalo mundano ó el relato de un crimen, ¡nada! Y sin embargo, el doctor seguía

leyendo sin levantar los ojos, sin moverse, como si tuviese entre las manos un libro de Edgardo Poe ó de Balzac.

— ¿Qué aventura extraordinaria lee usted con tanta atención, doctor?

Mi pregunta le pareció, sin duda, muy irónica. Su respuesta fué dura:

— Leo — me dijo — lo que me da la gana.

— Lo comprendo — repuse sin darme por enojado — pero ¿es muy interesante lo que lee usted en *El Tiempo*?

— Todos los periódicos serios — contestóme — son dignos de ser leídos con interés; y si usted no encuentra nada que le guste ni en *La Libertad*, ni en *La Gaceta*, ni en el *Diario de los Debates*, la culpa no es de los directores de esos diarios, sino de usted mismo, ó, mejor dicho, de su enfermedad.

« ¡Mi enfermedad? » La frase me pareció curiosa. ¿De qué enfermedad quería hablarme el doctor? Porque, realmente, yo siempre había sido robusto y á nadie más que á Eliodoro de Cramentino, un escritor italiano discípulo de Lombroso, de Max Nordau y de Pompeyo Gener, habíasele ocurrido llamarme « masoquista degenerado en grado máximo » á causa de mi novela sobre los misterios carnales del ocultismo parisiense.

— ¿Pero en verdad cree usted que estoy enfermo? — le pregunté.

— Sin duda ninguna; y si usted desea saber de qué, le diré que de todo ó de casi todo, del intelecto, de los nervios, de la voluntad, de lo más interesante, en fin, y de lo más grave.

La respuesta del viejo sabio me hizo pensar en mi pobre amigo Marcelo, el poeta místico de las *Rimas Odiosas*, que había escrito un libro entero para tratar de probar que todos los que no pensaban como él, eran locos ó enfermos.

— Lo malo, doctor, es que para esos males que usted descubre en mi organismo, ningún farmacéutico vende remedios y ningún médico dá recetas.

— Se equivoca usted, caballero. Hoy el estudio de tales padecimientos, que hace veinte años eran calificados de « signos característicos del temperamento », está más adelantado que el conocimiento de ciertas enfermedades tan antiguas como la fiebre tifoidea y el cólera morbo asiático. Desde Charcot hasta la fecha, hemos andado mucho, mucho, mucho; y después de trabajar pacientemente, entre la indiferencia del público en general y las burlas malévolas de los profesores rutinarios en particular, hemos conseguido, por fin, fundar sobre bases sólidas, sobre cimientos experimentales, la más interesante de las ciencias modernas: la ciencia de las enfermeda-

des ideológicas y sensitivas... La fiebre es desagradable y peligrosa, ¿quién lo duda?; también la tisis es peligrosa y desagradable, nadie lo niega; pero los tuberculosos y los calenturientos saben, desde luego, á qué atenerse, conocen sus dolencias y pueden tratar de curarse con píldoras antiguas é higienes tradicionales, en tanto que los pobres hombres que, como usted, parecen sanos y que, sin embargo, sufren de males psíquicos, padecen y mueren, por lo general, sin darse cuenta de que llevan en el fondo de sus seres degenerados un verdadero cáncer moral... ¡Y si usted supiese lo numerosos que son, en el mundo del arte y del pensamiento, los que sufren casi sin saberlo!... Durante el mes pasado más de cien colegas de usted vinieron á mi clínica de psicopatía... ¡pobres muchachos!... Venga usted también, venga usted pronto; su mal no debe de estar aún muy arraigado... y además los medicamentos son tan agradables, casi sólo lecturas sanas, reacciones estéticas y morales, aventuras que obran de una manera refleja en el sistema nervioso... venga usted...

Una mañana fui á la clínica donde el doctor ejercía sus funciones de analista espiritual y de curan-

dero psicológico. Fui por pura curiosidad, como quien, no siendo supersticioso, va á que le digan la buenaventura.

Lo primero que me llamó la atención, al encontrarme en la « Clínica », fué la modestia casi miserable de la estancia: en el fondo había un sofá; junto al sofá una mesa cubierta de libros; luego unas cuantas sillas, y nada más.

Cuando yo llegué, ya casi todas las sillas estaban ocupadas por personas que esperaban su turno.

— ¡El número cinco! — dijo el doctor en alta voz.

Un caballero que ocupaba el primer asiento, levantóse y fué á sentarse al lado del viejo sabio para explicarle los síntomas de sus males ocultos:

— Yo, señor, — le dijo — soy pintor; tengo treinta años y nunca he pasado un día en cama; pero desde hace algún tiempo...

— Baje usted la voz — ordenó el doctor.

Durante algunos minutos sólo se oyó, en la vasta pieza desmantelada, el murmullo incomprensible del enfermo que hablaba y la tos seca é impaciente de los que esperaban.

Me fijé en el doctor y casi no le reconocí. Parecíame transfigurado como por arte mágica. Ya no era el anciano que solía venir á tomar su aperitivo en el café de Francisco I. Al través de los lentes es-

pesos, sus ojos brillaban de un modo singular; su frente de pergamino era más vasta; sus manos se movían nerviosamente en un ritmo casi febril; su cabellera blanca, echada hacia atrás, tenía reflejos metálicos y ondulaciones juveniles; todo su ser, en fin, vibraba y se estremecía.

Cuando el « número cinco » acabó de hablar, el sabio le dijo:

— Está bien, señor Coriolis; mañana mismo recibirá usted mis primeras instrucciones.

¿Coriolis?... ¿En dónde había yo visto escrito ese nombre?... ¡Ah! sí; en los catálogos de las grandes exposiciones de pintura y en los folletines de crítica de arte... Pero, ¿sería ese mismo el famoso Coriolis, el artista célebre, el colorista cuyos cuadros, llenos de sol y de vida fecunda, cegaban á los miembros del Instituto?

III

— ¡El número doce!

Nadie se dió por entendido.

— ¡El número doce!

Un caballero que se hallaba á mi lado me indicó que « el número doce » era yo.

Al reconocerme, el doctor se puso en pie:

— Venga usted — me dijo; — y me llevó á una pieza vecina, en la cual no había mueble ninguno.

Cuando estuvimos solos, estrechóme la mano con verdadera efusión y me dió las gracias.

— Las gracias... ¿y por qué?

— Por haber venido, señor, nada más que por haber venido. Usted es uno de los casos que más interesantes se me figuran; usted representa, para mí, el más intenso mal interior en la más completa robustez exterior; usted será uno de mis « casos » favoritos. Pero desgraciadamente usted ha venido tarde y ya no tenemos tiempo de hablar seriamente, por lo cual dejaremos la consulta para mañana. ¿Qué piensa usted de mi clínica?

— Me parece muy curiosa, sobre todo por los que la frecuentan; todos son personas de distinción en apariencia y ninguno de ellos tiene cara de enfermo... Á propósito, ¿quién es ese Coriolis del « número cinco? » Supongo que no es el joven pintor rival de Decamps.

— Ese es, ese mismo.

— ¿Y está enfermo?

— Casi tanto como usted; no hay más que ver sus obras para comprenderlo; su titilación cerebral es aguda y profunda, y le obliga á buscar matices que no existen en la naturaleza, á tratar de descubrir

detalles invisibles, á combinar sus colores de manera que produzcan reflejos inverosímiles. ¿No ha visto usted su gran lienzo del 97? Esos prismas de luz filtrada y esas gamas complicadas de tonos fuertes sobre tonos pálidos bastarían para asegurar que el autor está gravemente enfermo de titilación, de « vicio supremo » como diría ese grafomano de Peladán. Y además este mal se complica en él con satiriasis ideológica, como lo indica el cuerpo desnudo, cubierto de pompas de jabón, de su figura principal, al lado del cuerpo de la negra, desnudo también y hecho con amor y con entusiasmo doloroso. Entre mis clientes, sólo Durtal presenta un caso de titilación erótica tan serio como el que en Coriolis supongo.

— Pero, ¿también Durtal está enfermo; Durtal, el historiador artista, el admirable autor de la *Historia de Gil de Rez y del ocultismo en la Edad Media*?

— ¡También!...

IV

Las revelaciones profesionales del doctor, comenzaban á interesarme, á preocuparme, á inquietarme.

Que Coriolis estuviese enfermo y que tratara de cambiar su modo de sentir, podía pasar; pero que

Durtal, el único erudito artista de mi época, mi querido y admirable maestro Durtal cuyo estilo y cuya filosofía eran, para mi, sacramentos literarios, no se creyese sano de espíritu y recurriese á Larri-viere para curarse, me parecía un sacrilegio, casi un crimen intelectual.

El doctor prosiguió :

— ... Sí; también Durtal... y no así como quiera, sino gravemente. Todas sus obras son verdaderas producciones de maniático y de degenerado. En cada página escrita por él se ve sin dificultad la debilidad vacilante del intelecto, con más el deseo de gustarse á sí mismo con el objeto sin consciencia de saciar una sed insaciable de fantasías diabólicas, orgullosas y obscenas. Fíjese usted en sus cuadros lascivos y lea usted en seguida las más escabrosas historietas del abate de Boissenon... ¡que diferencia tan visible! Lo que dice hoy Durtal, es, sin duda, menos indecente que lo que hace un siglo dijo el buen vicario libertino; y sin embargo ¡cuán grande es la distancia moral que separa al cuentista del siglo XVIII de nuestro contemporáneo! Aquél escribía después de comer, escribía alegremente, como quien cuenta una anécdota verde, sin atormentarse, sin buscar medios complicados para dar perfume y color á la frase : sus cuentos son « sanos » y casi no son inmorales en el verdadero sentido de la palabra

porque hacen reír y presentan al Vicio por su lado cómico. No así las descripciones pretensiosas del cronista de *Gil de Rax*, que busca en la lengua escrita sonoridades bastardas, llenas de languideces agonizantes y de pasiones sobrenaturales...

V

Luego el doctor me habló de Claudio Larcher y de Charles Demailly, dos exquisitos novelistas, amigos míos, que habían escrito algunos libros adorables sobre el amor moderno.

— Los dos están enfermos — decíame Larri viere — los dos sufren de grafomanía aguda. Demailly, sobre todo, me apena seriamente á causa de su carácter sentimental y de su irritación nerviosa. Larcher, al menos, es lo que se llama un « sonriente », un « espiritual », un hombre que se deja llevar por el deseo de asustar y que, en vez de dominar á la frase, se pliega ante las exigencias de la composición y del estilo. Estoy seguro de que entre Larcher y Demailly hay una gran diferencia...

VI

Un caballero abrió la puerta de la estancia y vino á saludarnos.

— Espérame en la clínica — le dijo el doctor.

Luego, mirándome fijamente :

— ¿Ha visto usted á ese joven ? — me preguntó.

— ¿Quién es ?

— René Vincy.

— ¿El autor del *Sigisbeo*, el poeta que fué casi genial en su primera obra, que trató de suicidarse y que ahora escribe novelas ridículas, dignas de Jorge Honet?

— Ese mismo... sólo que sus novelas son muy estimables... Es el más antiguo de mis parroquianos... es mi orgullo... ¿Se acuerda usted de las circunstancias de su tentativa de suicidio? Pues bien : como entonces era yo el médico de su familia, me llamaron, y le salvé físicamente, y más tarde le salvé también intelectual y moralmente... ¡Pobrecillo ! Su amigo Larcher le había llenado de locuras el cerebro. Yo eché al fuego todos sus manuscritos y durante la convalecencia no le permití que leyese sino libros sanos, las obras de Laviche, de Sarcey, de Jorge

Sand; luego le aconsejé que escribiera novelas equilibradas. Y allí le tiene usted, gracias á mi régimen, siendo un literato digno de competir con el autor de *Sergio Panine*... Pero ya hemos hablado demasiado y es necesario que le abandone á usted. Adiós, hasta luego... hasta mañana... mañana comenzaremos.

VI

— Hasta mañana, — le dije.

Pero, naturalmente, no volví nunca. ¿Á qué había de volver? ¿Á que me curase, convirtiendo mi locura en idiotez? No; yo he tomado ya mi determinación definitiva; y puesto que en el mundo de las letras es necesario escoger entre la Burguesía y la Enfermedad, me quedo con la Enfermedad.

LA TRAGEDIA DEL CORONEL

LA TRAGEDIA DEL CORONEL

A Mariano de Cavia.

I

El coronel leía la carta que acababa de recibir; la leía y la releía, casi sin comprenderla.

¿Sería para él?

...« Mi querido Julio: No hay duda de que eres un león y un lince. En el cuartel nada escapa á tu vigilancia, ni un botón de menos en la casaca de un soldado, ni una mancha de más en los pantalones de un sargento, ni siquiera la hebilla mal cosida de unos tirantes; en verdad, eres un gran lince. También eres un león, puesto que en Crimea te afeitaste ante el enemigo... »

— Necesariamente — se dijo — la carta es para mí, puesto que nadie más que yo tuvo la fanfarronada juvenil de hacerse la barba bajo una lluvia de balas rusas... Pero lo demás... » Y siguió leyendo:

« ... Sólo que de Crimea á tu casa hay una gran

distancia. En el seno de tu familia no eres ni león ni lince, mi querido Julio. ¿Sabes por qué? No; no debes de saberlo, no puedes saberlo, no lo sabes. Si lo supieses, ya les habrías hechado á puntapiés á los dos, á ella y á él. Porque eso es: un asunto muy vulgar de hembra y de macho; un asunto de amori-llos, una de esas intrigas que acontecen en muchas casas honradas sin que nadie las advierta, pero que cuando pasan en el hogar de un jefe de escuadrón, hacen sonreír á los soldados y á los vecinos. Abre, pues, los ojos, mi terrible Julio, y si no quieres que tus tropas sigan burlándose de tu vigilancia, fijate en tu ayudante, prepara la punta de tu bota para dar un buen puntapié, y sé prudente ».

Ninguna firma.

II

¿Quién podía haber escrito ese fárrago de infamias? Tal vez un oficial descontento, ó un bromista de mala ley, ó un enemigo sin escrúpulos.

Pero, ¿y si fuese cierto?

Comenzó á dar voces llamando á su mujer:

— ¡Julia, Julia, ven en seguida, Julia!

Estaba dispuesto á interrogarla de una manera

minuciosa, á averiguar la verdad á todo trance, á enseñarla la carta si era necesario.

Mientras su mujer llegaba, volvió á leer la carta, por quinta ó sexta vez: « Fijate en tu ayudante, prepara la punta de tu bota para dar un buen puntapié y sé prudente. »

Tenía razón el delator: sobre todo era necesario ser muy prudente y convertirse en espía antes de ser acusador y verdugo.

— Seamos hábiles — pensó — y en seguida seremos terribles; ¿una bota? ¡Pues no faltaba más! Un par de pistolas, dos balas, una para ella y otra para él...

III

Llamó á su ayudante:

— Esta noche — le dijo — tengo necesidad de comer fuera de casa y seguramente no volveré antes de las doce ó la una. Tú puedes hacer lo que quieras, con tal de no faltar mañana á la revista. La noche es tuya, vete.

Luego hizo como que se marchaba y se encerró sigilosamente en su habitación, dispuesto á observar lo que sucediese en su casa durante su fingida ausencia.

IV

... En esas horas de ansiedad y de cólera, toda su vida pasada apareció ante su memoria. Se acordó de su madre, una buena señora del tiempo viejo, devota, ignorante y sencilla — ¡ella sí que habría sido incapaz de mentir, de engañar, de ensuciar el nombre de su marido! el rey mismo la hubiera encontrado inflexible en su traje de candor y de castidad! « ¡pobre madre!... » Se acordó de la escuela en que había aprendido á leer y á rezar... se acordó de sus amigos de la infancia — « ¿qué se habían hecho? » — y de su primera novia — « ¿en dónde estaba? » — Todas sus miserias y todos sus sufrimientos anteriores, le parecían soportables, casi dulces, en comparación de su desgracia actual. Hubiera dado la mitad de la vida por encontrarse de nuevo en el carro de ambulancia que le había recogido agonizante, con el cráneo roto y la pierna quebrada, después de la batalla de Crimea.

Á cada instante una blasfemia se escapaba de sus labios :

— Es necesario matarlos — se decía — es necesario matarlos... El honor ante todo... ¿Reirse de mí y hacer que la gente me señale con el dedo? ¡Pues

no faltaba más! Á Cristo mismo le partiría en cuatro pedazos para dárselos á los perros... ¡Y dicen que la sangre mancha! ¡No; la sangre no mancha... la sangre limpia... es necesario bañarme en sangre y presentarme así, con las manos encarnadas, y con el traje encarnado, y con los pies encarnados, para que los que ahora se burlan de mí, me reconozcan; y para que el mundo, todo el mundo, el mundo entero, se asuste... y para que sepan que el honor es el honor y nada más que el honor!...

Sus puños crispados se apoyaban, en espasmos de rabia, contra las llaves del escritorio, hasta que el sufrimiento material era insoportable.

V

Luego venían los momentos de tristeza humilde. — Matar en la guerra á un soldado ó matar á un hombre en duelo, perfectamente; ¡pero matar así, en la obscuridad, á una mujer, á la suya, á la compañera de su existencia, á la que había sido pobre con él, á la madre de sus hijos!... ¡Deshonrar á Federico para que sus camaradas de colegio le volvieran la espalda!... ¡Dejar huérfana á Helena que ya tenía quince años, y que era tan linda y tan juiciosa!... ¿Con qué derecho iba él, asesino de la

madre, á besar á los hijos? Ellos le tendrían horror... Pero era necesario, era fatalmente necesario.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Y el pobre soldado sin medio y sin creencias, echábase á llorar y trataba de hablar con la Virgen: « Santa María, madre de misericordia, señora nuestra... » — Por un milagro que él no comprendía, las oraciones de su niñez, olvidadas durante treinta años, brotaban de sus labios, completas, sin ningún cambio, con toda la frescura ingenua de sus frases ardientes.

VI

Después de mucho desesperarse y de mucho llorar, el coronel trató de sobreponerse á su propia desesperación y preparó un plan.

En primer lugar era necesario matar á los culpables; en eso no cabía razonamiento ninguno.

En seguida, para no ser testigo y víctima del dolor de sus hijos, era también necesario matarse él mismo.

— Yo después de ellos y así nadie podrá ni reírse en mis barbas ni tampoco tenerme horror. Que mis hijos me maldigan si quieren, pero que no me lo hagan ver, que no se alejen de mí con espanto, que no me tengan miedo.

Comenzó á escribir sus últimas voluntades: « Queridos hijos, hijos del alma, hijitos míos: Perdonad, ante todo, el crimen que cometo y que os priva del apoyo de los dos únicos seres que se interesaron verdaderamente por vosotros. De hoy en adelante tendréis necesidad de andar solos, sin guía y sin apoyo, por el camino de la vida. La mano de vuestra madre no podrá acariciaros; el brazo de vuestro padre no os podrá defender. No me olvidéis nunca y tratad de obrar, en todas las circunstancias de la existencia, como si estuviese á vuestro lado. No la olvidéis á ella tampoco, ni la maldigáis, pues si fué criminal en un momento de locura, antes había sido la más buena de las madres. Dios mismo la perdonará, porque Dios puede perdonar. ¡Yo no; yo no puedo; como tampoco puedo seguir viviendo al lado vuestro; no puedo! Lo único que os dejo es un nombre teñido de sangre: no lo abandonéis, no lo cambiéis por otro; conservadlo así, pues, aun lleno de oprobio, debe ser sagrado para vosotros. Sed honrados; sed fuertes; sed leales. Es todo lo que os pido y todo lo que os aconsejo. Más tarde no faltarán personas que os aseguren que yo fui un insensato sanguinario y que vuestra madre fué una infame; no lo creáis; vuestra madre fué débil y fué criminal; yo fui justo. Adiós, adiós. »

El coronel leyó las líneas que acababa de escribir

y echó de ver que no había dicho todo lo que hubiera querido decir. Su testamento moral le pareció demasiado duro y demasiado solemne. Era necesario hacerlo de otro modo, más largo, más tierno, con más consejos y menos orgullo.

Tomó por segunda vez la pluma y comenzó de nuevo : « Hijitos de mi corazón, hijitos míos : Os escribo por última vez, en las circunstancias más terribles de la vida, en uno de esos momentos en que los hombres no mienten; os escribo con el alma, después de haber derramado muchas lágrimas y de haber besado vuestra imagen adorada; hijitos míos... »

Un ruido casi imperceptible de voces apagadas y de pasos sigilosos, le hizo ponerse de pie.

VII

Con un revólver en la mano, arrastrándose para no ser visto, conteniendo la respiración para no ser oído, salió de su cuarto.

La puerta de entrada estaba entreabierta. En el fondo del pasillo, junto á la habitación del ama de llaves, una lámpara despedía un resplandor pálido.

« He aquí el instante — pensó el coronel. — Es

indispensable recobrar la sangre fría para no parecer un asesino, sino un justiciero ».

Y como si estuviese en la guerra, ordenó mentalmente :

— ¡Adelante!

Empero, ninguno de sus miembros se movió.

« ¿Tendré miedo? — continuó pensando. — ¿Seré capaz de abandonar mi venganza? No, no. Allí están, él, con su aspecto de mosquetero, vanidoso, guapo, necio; y ella, todavía hermosa, gastando sus últimos besos ardientes lejos de mí... ¡Y en el cuarto de Irene, de la criada!... De manera que la criada lo sabe todo y ha podido contarle ya á los vecinos y á los porteros... y que siendo cómplice de mi mujer, la amenaza sin duda... Pero y ahora, mientras ellos ocupan su cama, ¿en donde está ella, la criada? ¿Allí mismo?... ¿Viéndolo todo?... Es preciso terminar, acabar de una vez... ¡Perdón, hijos míos... perdón... ¡Adelante! »

VIII

... Ya le tenía cogido por el cuello y ya había montado el gatillo del revolver, cuando una voz aguda y penetrante gritó :

— ¡Asesino, asesino, socorro!

¿Asesino? No; él no era asesino : él no quería que le tomasen por un asesino; él era un juez, un verdugo, una fiera, todo, en fin, pero no un asesino.

Dió un paso hacia atrás.

— Acércate — dijo á su ayudante — y verás si soy un asesino; ven á verme junto á la lámpara.

El oficial no se movió.

— ¿No te acercas? — prosiguió — ¿no te acercas? ¿No quieres defenderte? ¿prefieres que te mate como á un perro? ¡Mejor aún... cobarde!

Entonces ella, la mujer que estaba en el lecho al lado del oficial, fué á arrodillarse ante el coronel :

— ¡Perdón — señor — perdón! ¡No le mate usted, no le mate!

La que hablaba así, implorando piedad, era el ama de llaves. El coronel la reconoció, dejó caer el revolver, se arrodilló al lado de ella para verla de cerca, para tocarla, para convencerse de que no era una ilusión; y con las mejillas cubiertas de lágrimas, sonriendo nerviosamente, como un loco, como un maniático, como un idiota, le decía : ¿Eres tú?... ¿Verdaderamente eres tú? Irene... Pobrecilla... ¿Tú? ¿Tú?... ¡Mi buena Irene?... Acércate... ven... Si; sí; háblame... Dime que es cierto, que es verdad... ¡Irene!... mi buena Irene... mi pobrecilla...

CUENTOS DEL NORTE